

Amor y gin-tonic

María José Vela



www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#amorygintonic

Colección: Tombooktu Chicklit
www.chicklit.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Amor y gin-tonic*
Autor: © María José Vela

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2016 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-86-4
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-15747-87-1
ISBN Digital: 978-84-15747-88-8
Fecha de publicación: Febrero 2016

Impreso en España
Imprime: Servicecom
Depósito legal: M-40126-2015

A Inés y Eva

Índice



Capítulo 1	11
Capítulo 2	21
Capítulo 3	25
Capítulo 4	29
Capítulo 5	35
Capítulo 6	37
Capítulo 7	45
Capítulo 8	55
Capítulo 9	59
Capítulo 10	69
Capítulo 11	81
Capítulo 12	89
Capítulo 13	95
Capítulo 14	103

Capítulo 15	111
Capítulo 16	127
Capítulo 17	137
Capítulo 18	143
Capítulo 19	153
Capítulo 20	165
Capítulo 21	181
Capítulo 22	187
Capítulo 23	199
Capítulo 24	211
Capítulo 25	221
Capítulo 26	225
Capítulo 27	231
Capítulo 28	235
Capítulo 29	241
Capítulo 30	271
Capítulo 31	277
Capítulo 32	291
Capítulo 33	301
Capítulo 34	311
Epílogo	327

1



—**A**bi, ¡a mi despacho!

Estaba claro que aquel hombre tenía un objetivo bien marcado en la vida: hacernos morir de un infarto. Hasta Esther, nuestra becaria, pegó un brinco cuando el jefe interrumpió nuestra concentración laboral de semejante manera. Volvía de una reunión que el consejo directivo había convocado de forma urgente y eso, inmersos en plena crisis y rodeados de rumores de cambios, nos ponía nerviosos tirando a histéricos.

Me levanté lo más serena que pude ante la indagadora mirada de mis compañeros. Puse cara de resignación para tranquilizarlos a todos, me enderecé la falda, cogí mi agenda y, cual borreguito inocente, corrí tras mi matarife que, de la forma más maleducada del mundo, cerró la puerta de su despacho en mis narices.

Ommmm, ommmmm... canté mentalmente allí plantada. Ommmmm, no aguanto más a este tíommmm...

Tras unos instantes, di unos golpecitos en el letrero pegado a su puerta que rezaba:

ARMANDO GARCÍA
Director de Comunicación

Me gustaba golpear justo ahí, en su nombre, imaginándome que en lugar de unos nudillos y una placa metálica lo que chocaba era mi mano abierta contra su peluda nuca de jefe estirado.

Armando era un cuarentón recién estrenado camuflado en el cuerpo de un hombre mayor. Muy mayor. Estaba casado con una mujer que nunca lo llamaba al trabajo y con la que tenía un niño de dos años del que todavía no habíamos visto ninguna foto. Insoportablemente meticuloso, tanto en su trabajo como en el nuestro, era parco en palabras, pero un experto en el arte de la comunicación facial. De hecho, hablaba más con la mirada que con la voz, algo que nos daba auténtico miedo. Aunque lo peor era que tenía una odiosa habilidad: ¡nos leía el pensamiento!

—Adelante —contestó Su Seriedad desde el otro lado.

Entré con cuidado y cerré la puerta detrás de mí alcanzando a guiñarle un ojo a Esther, que seguía mirándome muerta de miedo.

—Siéntate Abi, por favor —dijo amablemente.

«Uy, mal asunto», pensé. Cuando le entraba la amabilidad significaba que nos esperaba, o un maratón de trabajo, o una bronca terrible y, francamente, no me apetecía nada que fuera lo segundo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté en tono diligente para disimular mi pánico.

—Nada malo, no te asustes. —Se apresuró a contestar, dejando constancia de que ya se había conectado con mi cerebro, lo que me hizo sentir vulnerable.

Sentado en su sillón de cuero con los codos apoyados en los reposabrazos y con las manos ligeramente unidas por las yemas de los dedos, me miró atento sin decir nada. Intenté por todos los medios poner la mente en blanco. No era oportuno que me la leyera en aquel momento, porque no podía evitar pensar que cada vez estaba más calvo y que sus últimas gafas eran horribles.

Mi debilidad mental me puso más nerviosa aún de lo que estaba. Tanto que se me cayó el bolígrafo debajo de su mesa. Intenté alcanzarlo con el pie, pero lo único que conseguí fue

darle una patadita y alejarlo más todavía. En vano esperé un gesto de caballerosidad por parte de mi jefe y, al final, tuve que agacharme y ponerme de rodillas en la postura más humillante que se puede adoptar en el despacho de un superior, por mucho que Bill Clinton y Monica Lewinski la pusieran de moda en la Casa Blanca. Aquello fue demasiado para mi dignidad y, por lo visto, también para mi falda de tubo, que al son de un ¡rasssss!, se me descosió por detrás hasta la mitad de mis posaderas.

«No me lo puedo creer», pensé, tanteándome el trasero para analizar la magnitud del desastre.

Me incorporé lo más rápido que pude, haciendo como si no hubiera pasado nada y volví a sentarme muy seria. Armando seguía mirándome impasible. Tras unos momentos de tenso silencio... vinieron más momentos de tenso silencio, y cuando ya estaba a punto de darme un telele, por fin se decidió a hablar:

—Verás, Abi. Hace días que se oyen rumores de todo tipo en la empresa. Y no me digas que tú no has oído nada porque entonces pensaré que me tomas por idiota.

No, la verdad es que por idiota no lo tomaba, pero por un borde amargado sí, de modo que no hacía falta insistir y negar lo de los rumores.

—Claro, claro que los he oído. Aunque ya sabes cómo son estas cosas: se dicen muchas tonterías y, en el fondo, nadie se entera de nada —afirmé con una risita nerviosa.

—Pues yo sí me entero —aseguró de lo más prepotente, lo cual resultaba irónico e innecesario, ya que sería tremendo que el jefe del departamento de comunicación no supiera lo que se cuece en la empresa.

—¿Ah, sí? —pregunté poniendo cara de estar supersorprendida.

—Sí. Verás, EveCare sigue manteniéndose como una de las mejores corporaciones de Europa y la mejor marca de cosmética de lujo no sólo en Francia, sino en todo el mundo. Aun así, desde París quieren más eficiencia, especialmente en las filiales extranjeras como la nuestra, y nos van a obligar a hacer cambios en nuestro organigrama. Ya sabes, crear nuevos departamentos, cerrar otros...

—¿Va a haber despidos? —pregunté, en contra de mi voluntad, antes de que terminara la frase.

—... y cambios a nivel de personal que ya está decidiendo el consejo —continuó sin hacerme ni caso—. Prácticamente ya está todo listo. Sin embargo, hemos contratado a una consultoría de recursos humanos para hacer el trabajo de campo. Ya sabes, una de primer orden con el fin de que en Francia quede claro que hemos sido bien asesorados y no piensen que se ha nombrado a nadie «a dedo». El lunes vendrá un consultor, redactará un informe sobre las personas más idóneas para cada puesto y luego el consejo decidirá lo que le parezca. El nuevo organigrama, con nombres y apellidos, lo anunciaremos además a los medios aprovechando el acto de lanzamiento de la nueva línea de maquillaje.

Vale, ya lo entendía, lo que nos esperaba era un infierno. El lanzamiento de cualquier cosa era para nosotros una locura y, si a eso le añadíamos una nueva estructura organizativa, el resultado era, más o menos, lo peor del mundo.

—Bien, y ¿qué hacemos? ¿Cuándo se va a anunciar? ¿Qué consultoría es? ¿Quieres que redacte una nota interna?

Mi mente se puso a trabajar a toda velocidad mientras mis manos destapaban el bolígrafo traicionero y pasaban las páginas de mi agenda, buscando un hueco immaculado donde apuntar. Armando no me contestó. Levanté la vista y vi con horror una mirada en sus ojos que no conocía. Era amable, risueña. Incluso pícara, si eso no fuera del todo imposible para aquel hombre.

—¿Una nota de prensa? —pregunté con voz temblorosa, cuando ya no podía soportar ni un segundo más el silencio de aquella mirada.

—Nada.

—¿Nada? ¿Entonces?

—Quiero que estés preparada —dijo muy solemne intentando sonreír, sin conseguirlo.

—¿Preparada? ¿Para qué? —pregunté rápido, con el fin de terminar con los lapsus de una vez.

—Para tu ascenso —dijo muy despacio.

—¿Para mi qué? —suspiré muy bajito. Con tanta tensión empezaba a oír cosas extrañas en mi cabeza.

Armando se inclinó sobre su escritorio para darle más énfasis.

—He dicho: para tu ascenso —repitió sílaba a sílaba.

¿¿¿Ascenso??? ¿¿¿Yo??? ¡¡¡Sí!!! ¿¿¿Sí??? Ay madre... ¡¡¡Sí!!!
¡¡¡Lo había oído bien!!!

Según afirmaban casi todos mis libros de autoayuda, para conseguir cualquier objetivo sólo había que desearlo con toda la fuerza del maldito cosmos, nada más, y el subconsciente, los dioses, el universo o lo que sea, se encargaban personalmente de dártelo. En esta vida yo ya había deseado de todo: sacar buenas notas sin estudiar, pasar de una ochenta a una noventa y cinco de sujetador sin silicona, crecer los diez centímetros que me faltaban para completar mi autoestima, casarme con mi novio Mario y, ¿cómo no?, un ascenso. Y ahí estaba yo, con sólo treinta y dos años y a punto de empezar a creer, por fin, en toda aquella patraña de auto psiquiatría barata a la que era adicta desde mi adolescencia. Sentada en el despacho de un imbécil pero, en fin, la vida no era perfecta.

—¿En serio? —murmuré sintiendo un amago de soponcio—. ¿Me van a ascender? ¿A mí?

—No es oficial pero... sí. Serás la nueva directora adjunta de comunicación y relaciones públicas.

—¿Directora adjunta de comunicación y relaciones públicas! —exclamé.

Jo, ¡sonaba fenomenal! Sonaba tan bien, que me habría subido con mis tacones y mi falda rota en la mesa de Armando a bailar la lambada de no haber sido porque... A ver, un momento... ¿qué demonios era una directora adjunta? Éramos un departamento de cinco personas, nunca habíamos tenido nada semejante y las relaciones públicas nos venían impuestas por la central de París. ¿Qué se supone que tendría que hacer yo?

Por primera vez en la vida me resultó sumamente útil que mi jefe supiera lo que pensaba:

—Bueno, no te emociones. Seguirás dependiendo de mí, no te vamos a subir el sueldo y básicamente harás lo mismo

que ahora, pero con capacidad de decisión. Vendrás conmigo a los consejos directivos, a las reuniones con los medios y serás la maestra de ceremonias en todos los eventos que organice-mos. Por eso lo de relaciones públicas. El primero será cuando hagamos el lanzamiento y anunciemos los cambios. Sabes ha-blar en público, ¿verdad?

—Sí, sí, claro —contesté preguntándome si hablar con una amiga en un vagón del metro atestado de gente contaba como hablar en público.

—Pues ve practicando. —Definitivamente, mi cerebro era un libro demasiado abierto para él—. Es muy importante. Cabe la posibilidad de que venga el mismísimo monsieur Dumont.

—¿Monsieur Dumont? —Eso sí que me puso nerviosa. Dumont era el dueño del holding EveCare, que había levantado prácticamente de la nada, y uno de los ejecutivos más respeta-dos del mundo.

—Monsieur Dumont. Como sabes, jamás ha asistido a ningún acto de EveCare España. Por supuesto habrá prensa, invitados ilustres y supongo que invitaremos a los de la consultoría. Unas quinientas personas.

—¡Vaya!

Nunca habíamos tenido en España un acto tan grande y... ¡yo iba a ser la directora adjunta de comunicación y relaciones públicas!

—Como comprenderás, hay que esmerarse al máximo y no voy a tolerar ningún fallo. El lunes a primera hora enviaremos una nota interna a todos los empleados para anunciar la pre-sencia del consultor y pedir que colaboren con él. Hasta enton-ces no quiero que digas ni una sola palabra a nadie. Recuerda que lo tuyo no es oficial. Te lo he dicho porque tenemos poco tiempo y necesito que estés preparada. No quisiera comprobar que he confiado demasiado en ti al decírtelo.

—No, claro que no, no hay problema.

—Pues a trabajar.

—Sí, sí. —Me levanté temblando y me dirigí hacia la puerta con torpeza. En cuanto toqué el pomo dorado, mis buenos modales (y la imagen de mi pompis al aire) me hicieron girar-me y balbucear roja de vergüenza:

—Armando, yo...

—De nada. A trabajar he dicho —contestó tajante, aunque me pareció ver que él también se sonrojaba.

En cuanto pisé el suelo de linóleo que separaba el mundo de los jefes del nuestro, pensé que me iba a caer redonda; las miradas suplicantes de mis compañeros me mantuvieron en pie. Volví a mi sitio como si nada y todos volvieron a teclear en sus ordenadores, excepto la pobre Esther, que seguía mirándome aterrada.

Intenté concentrarme en lo que estaba haciendo antes del notición, pero como ni siquiera recordaba qué era, opté por coger firmemente el ratón, abrir un correo electrónico lo más largo posible y hacer como que lo leía, mientras me regodeaba en mi recién estrenada felicidad.

No podía creerlo, ¡me iban a ascender! Por fin tantas horas de trabajo codo con codo con el hombre más exigente del mundo iban a tener su recompensa.

Miré por el rabillo del ojo a Pedro, el Cochino Envidioso, al que pillé contándole a los de administración que me había ganado el puesto de favorita acostándome con el jefe.

«¡Oh, Dios mío!», pensé alarmada. «Ahora... ¡van a pensarlo de verdad!».

Iba a convertirme en el centro de todos los cotilleos de la empresa, y eso no me gustaba. Claro que, si no era cierto, no tenía por qué molestarme, ¿no? Sin embargo, me molestaba, y mucho. Si ya era humillante que restaran valor a mi trabajo y a mi capacidad, mucho peor era el hecho de que me creyeran capaz de tener un encuentro físico con semejante antídoto contra la lujuria.

«Al menos no me han visto arrodillada bajo su mesa con la falda rota...», me consolé.

Quise justificarme, explicar a gritos todos y cada uno de los méritos por los que me había ganado ese ascenso. Necesitaba urgentemente hablar con alguien y no podía. ¿O sí? Al fin y al cabo, no era oficial dentro de la empresa pero en mi entorno personal... Miré de reojo mi móvil. Una lucecita verde parpadeaba desesperada como diciéndome: «O empiezas a pulsar

teclas en mi barriga o me va a dar algo a mí también». Lo cogí para consolarlo un poco y vi que tenía un wasap de mis amigas:

Sara:

Chicas, ¿venís a cenar? Os tenemos que contar una cosa.

Loreto:

Cuenta, cuenta, cuenta...

Sara:

Ni en broma. Abi, ¡maniféstate!

Loreto:

Estará liada, como siempre.

Abi:

Estoy, estoy. Yo también tengo un notición. ¿A qué hora?

Sara:

¿9:30?

Abi:

Ok.

Loreto:

Ok.

Eran casi las siete de la tarde. Perfecto, hacía más de dos horas que había finalizado nuestra jornada legal de trabajo. Sin embargo, no podía irme antes que el jefe, ni siquiera siendo viernes. Primero porque sería considerado una osadía y, segundo, porque no quería que me viera ansiosa por salir y gritar su terrible secreto a los cuatro vientos. Me merecía ese ascenso, era la recompensa por mi dedicación constante, de modo que no podía mostrarme sorprendida, como una niña pequeña a la que le acaban de poner su primer diez y está deseando que toque el timbre para ir a casa a contárselo a sus padres.

Afortunadamente, Armando salió a los dos minutos del despacho. Sin apenas mirarnos, murmuró un rancio «hasta el lunes» y, como todos los días, nada más ser engullido por el ascensor empezamos el ritual del fin de jornada, que consistía en recoger a toda velocidad, apagar los ordenadores y salir corriendo para ser engullidos también por el ascensor.

Mis compañeros empezaron a parlotear animadamente, pero yo los oía de lejos. Tenía toda el alma concentrada en ponerme mi gabardina roja con el trasero bien pegadito a la pared, para que no se viera el descosido. Me pareció entender que Pedro quería que fuéramos a tomar algo, así que presté un poco más de atención. Cada vez que Armando me llamaba a mí sola al despacho nos proponía ir al bar más cercano para intentar sonsacarme algo de la conversación.

—Yo no puedo, he quedado —me disculpé.

—¿Con Mario? —preguntó Maica.

—No, está en Londres hasta la semana que viene —se chivó Esther.

—Con mis amigas, he quedado con mis amigas —aclaré clavando una mirada inquisidora en la becaria.

—Ese novio tuyo viaja mucho, ¿no? —preguntó Pedro, el Cochino Envidioso. Sabía perfectamente que cada vez nos veíamos menos y siempre que podía metía el dedo en la llaga haciendo un comentario hiriente, tipo «amor de lejos amor de pendejos», «ojos que no ven, cuernos que te ponen» y cosas por el estilo.

—Sí, ya sabes, es lo que tiene ser auditor en una superconsultoría. —¡Ala! Chúpate esa, capullo.

Subimos de lo más tensos al ascensor y, ya en la puerta del edificio, me despedí de mis compañeros. Comencé a caminar hacia el metro despacito, para aguantar mejor las ganas que tenía de saltar. Una brisa tibia me golpeó en la cara, recordándome que en breve vendría la primavera. Respiré hondo, saqué mi móvil del bolso y marqué el número de Mario. Como siempre, me saltó el buzón de voz.

—Hola. Soy yo. Llámame cuando puedas que tengo que contarte una cosa —supliqué a la nada.

Mario, mi Mario, era el mejor auditor de Siglo XXXI Consulting, S. A., una consultoría que sólo admitía gente muy inteligente dispuesta a trabajar más de catorce horas diarias, incluidos fines de semana. Por desgracia para mí, Mario era una de esas personas. Lo hacían viajar tanto, que pasaba más horas metido en aviones y trenes que conmigo. Con semejante

ritmo de trabajo, aunque llevábamos juntos casi diez años, nuestra relación estaba en ese punto de «o para adelante o para atrás» pero, simplemente, no teníamos tiempo de tomar una decisión. Bueno, yo sí lo tenía, pero viendo los meses que me esperaban, lo mejor era concentrarme al cien por cien en mi nuevo trabajo, que iba a ser apasionante, pero mucho. Muchísimo. Puede incluso que demasiado. ¿Demasiado? ¿Me volvería como Mario? ¿Tendría que viajar constantemente y trabajar a todas horas? Si era así, ¿cuándo nos íbamos a ver? Sólo de pensar en ello me mareé y me tuve que sentar en un banco que había justo en el cruce de la calle de EveCare con Castellana.

—¡Rasssss! —susurró de nuevo mi falda.

Fue como una señal, porque supe a quién debía llamar, quién debía ser la primera persona en saber lo de mi ascenso. Emocionada, marqué su número y, en menos de tres tonos escuché su voz.

—¿Diga?

—Hola, abuelita.

2



—¡Ahi! ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Puedo ir a verte? Tengo una buena noticia y una falda rota.

—Pues está claro que ninguna de las dos cosas puede esperar —contestó muerta de risa—. Voy preparando el costurero y algo de cena.

—No, no puedo cenar contigo, he quedado con mis amigas. En diez minutos estoy ahí pero, ¿me dejas que te adelante algo? —Por favor, por favor, por favor que me deje, que me deje, que me deje.

—Tu tu tu tu tu tu...

Pues no me dejó. Mi abuela colgó el teléfono con premeditación y alevosía. Siempre decía que para las pocas alegrías que da la vida, había que disfrutarlas compartiéndolas en directo con otra persona.

—¡Tirorirorirorííí! —Sonó mi móvil. ¡Era Mario!

—Hola guapo —lo saludé intentando poner voz sexi.

—Hola. ¿Estás resfriada? —Vaya, estaba claro que poner voz sexi no era lo mío.

—No. ¿Dónde estás? Te tengo que contar una cosa alucinante —dije impaciente.

—Acabo de aterrizar en Madrid.

—¿En Madrid? Pero si no venías hasta la semana que viene.

—Lo sé, es que ha habido cambio de planes y necesito hablar contigo. ¿Te paso a recoger y cenamos juntos?

—Bueno, iba a cenar en casa de Juan y Sara, dicen que tienen algo que...

—Abi —me cortó. Él sí que sabía poner voz sexi—. Es muy importante. Tenemos que hablar de nuestro futuro.

—Me estás asustando —murmuré.

—No te preocupes, es bueno. Te veo en dos horas. —Y me colgó.

¿Futuro? ¿Nuestro futuro? Sí, eso había dicho y además, había algo en su voz que... ¡Ay madre! ¡Ay madre! ¡Qué tarde llevaba! No sólo me iban a ascender sino que, por fin, mi novio iba a dar el gran paso. ¡Iba a pedirme que viviéramos juntos! O a lo mejor... ¡a lo mejor me pedía que me casara con él! ¡Sí! Estaba claro: o la autoayuda funcionaba o yo había sido una santa en otra vida, porque aquello no era normal.

Guardé el móvil en el bolsillo de mi gabardina y me puse en marcha. Si me daba prisa, me daría tiempo a que mi abuela me cosiera la falda y a ir a casa para ducharme, arreglarme, depilarme, lavarme los dientes uno por uno y esperar a Mario como si nada. Tenía que estar guapa para dar el gran sí. ¡Y para contarle mi ascenso! Iba a ser la noche más chisporroteante de toda mi vida y quería que empezase cuanto antes.

Mi euforia hizo que me abalanzara sobre un taxi con luz verde que estaba a punto de pasar de largo delante de mí.

—¡Taxi! —grité con tanta fuerza que una viejecita que esperaba en el paso de peatones pegó un brinco.

Me subí al coche a toda velocidad, dando gracias al cielo porque mi falda rota me permitiera tal agilidad. Pero claro, tanto nervio, tanto nervio, me pasó factura:

—A casa de mi abuelita, por favor —ordené al taxista como una auténtica imbécil.

Recé para que me tragara la tierra, pero nadie escuchó mis plegarias y toda la sangre de mi cuerpo fue a concentrarse en mis mejillas. El pobre taxista, un chico joven lleno de piercings por toda la nariz, me miró a través del retrovisor como si yo viniera de otra dimensión.

En un vano intento de salir del paso, saqué mi móvil de la gabardina y me lo coloqué rápido en la oreja, haciendo como si hablara con alguien.

—Pues eso, como te iba diciendo, voy a casa de mi abuela. Luego te llamo —me despedí de mi interlocutor imaginario.

Creo que no coló, porque el joven de nariz anillada apartó rápido su mirada del espejo para poder aguantar la risa.

—¿A qué calle va? —preguntó ahogando una carcajada.

—Ah, sí. Calle Argensola 7 —contesté lo más dignamente que pude.

Para recuperarme de la humillación, evité todo tipo de contacto visual vía retrovisor y me concentré en disfrutar del paseo. Bueno, más bien del atasco que empezaba a formarse en la Castellana a esas horas. A los ojos de cualquiera podía resultar un paisaje estresante: coches por todas partes, gente caminando deprisa pendientes del reloj, de los móviles, de sus corbatas, de sus tacones. . . El ritmo era trepidante y sentí que empezaba a gustarme de verdad. Mi ascenso me hacía pertenecer definitivamente a ese mundo de ejecutivos, estrés y retos constantes. No llegaría nunca a ser presentadora de telediarios, como siempre había soñado pero, en fin, jefaza de una gran empresa tampoco estaba mal. Además, también era el mundo de Mario, con quien en breve comenzaría una nueva vida. Íbamos a ser una pareja de triunfadores enamorados y tendríamos unos hijos maravillosos a los que querríamos con locura y cuidaríamos. . . Uy, ¿cuándo los cuidaríamos? Bueno, sería cuestión de organizarse.

Pensé en Sara y Juan, otra pareja de triunfadores a los que Loreto y yo solíamos llamar los *Beckhampelentes*. Eran listos, extremadamente guapos y se veía de lejos lo enamorados que estaban. Los presenté en una fiesta sorpresa que le organicé a Mario en el Stupen'Dance, nuestro bar favorito, cuando cumplió los treinta. Juan era el único compañero de Siglo XXXI Consulting que me caía bien, de modo que fue el encargado de correr la voz en la empresa y consiguió que asistiera el departamento de auditoría casi en su totalidad. Llegaron todos tarde porque estaban liadísimos, por supuesto, pero asistieron. Cuando Juan entró en el Stupen'Dance, todas las chicas se volvieron extasiadas a mirarlo. Era alto, moreno y muy, muy atractivo. Cuando Sara lo vio, pensó:

«Otro guaperas con el ego subido».

Cuando Juan la vio a ella, pensó:

«Otra insoportable Barbie sin cerebro».

Pero empezaron a hablar, y a beber, y a bailar hasta que, a eso de las tres de la madrugada, todos nos habíamos dado cuenta de que estaban hechos el uno para el otro. Todos, excepto ellos. Por suerte, teníamos a Loreto.

Sara nos pidió que la acompañáramos al baño, que estaba en el piso superior del local.

—Bueno, ¿qué? ¿A qué esperas para enrollarte con ese tío? —le preguntó Loreto, arreglando su look gótico en el espejo. Andarse con rodeos no era en absoluto su estilo.

—Lore, yo nunca me «enrollo» con un tío que acabo de conocer —contestó Sara ofendida.

—¡Ay, es verdad! Siempre esperas a conocerlos en profundidad. Como a Roberto, que te puso los cuernos desde el primer día. O a Rafael, que estaba casado. O a Dani, que resultó ser gay. O a...

—Vale, vale, lo pillo, pero hoy no pienso enrollarme con nadie. Es más, me voy a casa. Mañana tengo que estudiar y creo que estoy borracha. Abi, échame agua en la nuca, por favor —suplicó Sara, apartando su maravillosa melena rubia y rizada de su cuello.

Además de físicamente perfecta, Sara era médico y estaba preparando el MIR. Era una mujer con la que ningún hombre se atrevería ni siquiera a soñar, y tal vez ese detalle era lo que la convertía en un imán viviente para los capullos sin escrúpulos. Sin embargo, si la intuición de Loreto no fallaba (y nunca lo hacía), Juan no era uno de ellos. Por eso, cuando salimos del baño y enfilamos escaleras abajo para volver a la fiesta, viendo que Juan estaba al pie de las mismas mirando a Sara como si fuera una diosa, Loreto reaccionó en una milésima de segundo y la empujó. Sara cayó directamente en los brazos de Juan, de los que ya no había vuelto a salir.

Imaginando un final igual de feliz para Mario y para mí, llegamos a casa de mi abuela. A la voz de «quédese con el cambio», me bajé del taxi. Llamé al timbre con verdadera ansiedad y, mientras esperaba que se abriera la puerta, sonó un claxon detrás de mí. Era el taxista que, sacando medio cuerpo por la ventanilla, se alejaba gritando a carcajada limpia:

—Adiós, ¡Caperucita!

«Capullo», pensé.

3



Mi abuela Rosa era una de esas mujeres a las que la vida no se lo había puesto nada fácil. Viuda a los cuarenta años y con dos hijos, tuvo que pasar auténticas penurias para poder salir adelante. Pero lo había conseguido con creces y tal vez eso era lo que la hacía la persona más alegre del mundo. Ahora que lo pensaba, a su modo, ella también era una triunfadora. ¡Igual que yo!

—Hola cariño —me saludó abriendo la puerta con su sonrisa de siempre y una bata en la mano.

—¡Ay, abuelita, qué contenta estoy! Ven, siéntate que te vas a caer de espaldas. —Entré en su casa de un salto y la llevé hasta la salita tirándole del brazo con tanto entusiasmo, que por poco la tiro.

—Madre mía Abi, pues sí que tiene que ser importante. Pero primero quítate la falda y ponte esto para que te la vaya cosiendo.

Me desabroché la falda y, cuando cayó a mis pies, dije muy solemne:

—Abuelita, me van a ascender.

—¿Y? —dijo mi abuelita después de una pausa, como si esperara algo más.

—¿Me has entendido? Que me van a ascender, ¿no es alucinante? —insistí hablando más alto, por si se estaba quedando algo sorda.

—Bueno, eso sólo depende de una cosa: ¿A ti te hace feliz? —me preguntó.

—¡Pues claro, abuelita! ¡Voy a ser la nueva directora adjunta de comunicación y relaciones públicas de un empresón! —exclamé dando saltos como una niña cursi e insoportable. Necesitaba que se diera cuenta de lo importante que era aquello para mí y que mostrara un poquito más de entusiasmo. Por suerte, creo que lo entendió.

—Madre de Dios, ¿vas a ser todo eso? Suena muy importante. Bueno, si eso es lo que quieres me alegro mucho por ti, de verdad. Aunque ya sabes lo que te digo siempre: esta vida moderna en la que estáis metidas las jóvenes de ahora es muy peligrosa. Será muy gratificante y os sentiréis muy realizadas, pero a la larga os puede devorar. Voy a por el costurero.

Mientras me ponía la bata para no andar con el trasero al aire (literalmente hablando, porque ese día llevaba tanga y pantis color carne) eché un vistazo a la salita. No era una estancia espaciosa ni mucho menos. Apenas había espacio suficiente para un sillón, una mesita de centro y una estantería con libros donde se improvisó un hueco para colocar la televisión. Sin embargo, era el único lugar del mundo donde yo me consideraba realmente en casa. La varicela, cinco gastroenteritis, millones de catarros y todos los veranos de mi infancia, los había pasado con mi abuela Rosa en aquel lugar que convertía para mí en un palacio, un barco pirata o en cualquier cosa que yo le pidiera. En cuanto terminaba el colegio prácticamente me mudaba a su casa, hasta que mis padres cogían vacaciones y yo, un buen berrinche. Me alegró ver que todo estaba como siempre: las cortinas impecables, el tapete de ganchillo en la mesa y decenas de portarretratos antepuestos a los lomos de los libros. A mi abuela le apasionaban las fotos, incluso las humillantes, como la de mi primera sonrisa con aparato en los dientes o la de mis padres inaugurando su centro de terapias extrañas.

«Vaya par», pensé mirando la alegría que rezumaba aquella foto.

Tras toda una vida metido en los juzgados de plaza de Castilla defendiendo lo indefendible, a mi padre le dio un

infarto y, como tantas otras víctimas del estrés, cambió el rumbo de su vida. El hippy que había en él resurgió; aprendió yoga, cuencos tibetanos y qué sé yo cuántas cosas más, y no le costó nada convencer a la hippy que había en mi madre para venderlo todo y comprar una parcelita en la sierra de Gredos, donde construyeron su mundo zen. Yo acababa de terminar la carrera y pretendieron que siguiera su camino, pero afortunadamente conseguí trabajo y un sueldo suficiente para alquilar el mini estudio donde vivía, con la esperanza de que mi novio quisiera llevarme con él a un sitio donde, al menos, cupiera mi ropa. Pero aún seguía esperando...

Rosa regresó al poco tiempo con una bandeja en la que llevaba el costurero, una coca cola y un plato de croquetas.

—¿Se lo has dicho ya a tus padres? —me preguntó.

—No. No están preparados —contesté con la foto de la inauguración en la mano.

—Sí, es posible —suspiró mi abuela—. Aunque seguro que se alegran. A ver, esa falda.

Mientras preparaba aguja y dedal me bebí de un sorbo la coca cola y engullí las croquetas. Los nervios me habían cerrado el estómago pero mi ansiedad se encargó de abrirlo de nuevo a la fuerza.

—Abi, ¿te frío más? —preguntó mi abuela, asombrada por mi voracidad.

—No, he quedado —contesté con la boca llena.

—Ah sí, con tus amigas —recordó mi abuela.

—No, al final he quedado con Mario. Dice que tenemos que hablar del futuro —anuncié.

—¿En serio? ¿En serio? ¿De verdad? —preguntó mi abuelita dando un salto de alegría y mirándome con los ojos muy abiertos, como si fuera la cosa más maravillosa que hubiera oído jamás.

«¿Será posible?», me pregunté.

—Eso dice —aclaré quitándole de pronto importancia al asunto.

En el fondo quería cortarle el rollo, porque me molestaba sobremanera que no hubiera tenido esa misma reacción con

mi ascenso. Ella se dio cuenta de mi disgusto, estiró el cuello para mirarme atentamente unos segundos por encima de sus gafas y, retomando su costura, me dijo:

—Recuerdo que una vez, cuando eras pequeña, estábamos en esta misma salita viendo el telediario y me dijiste muy seria: «Abuelita, yo quiero ser como esa señora. Así podré contarte las noticias y mis hijitos no me echarán de menos».

—¿A qué viene eso? —pregunté.

—A que lo más importante en la vida es tener un sueño y perseguirlo.

Esa era su frase favorita y me la había repetido unas veinticinco mil veces, pero nunca me había molestado escucharla.

—Abuelita, por favor, ese era el sueño de una niña pequeña. Quiero decir, que sigo pensando que quiero ser una mamá algún día y que habría sido chachi trabajar en la tele, pero mi sueño ahora mismo es ser directora adjunta de comunicación y relaciones públicas de EveCare —aclaré en tono respondón.

—Está bien, está bien. Tú sólo recuerda mis palabras. Madre mía, te voy a tener que poner hilo doble para que esto no te vuelva a pasar. ¿Qué hiciste para que se te rompiera así esta pobre falda?

Con el fin de amenizarle el trabajo y limar asperezas, le relaté mis infortunios en el despacho del jefe, justo antes de que me comunicara mi ascenso. Le dio tanto la risa que hasta se le saltaron las lágrimas. Cuando terminó, me despedí de ella dándole las gracias por sus consejos, por la falda y por el tupper lleno de croquetas congeladas que deslizó en mi bolso mientras me abrazaba. Y prometí llamarla al día siguiente para contarle si el futuro que iba a proponerme Mario era sólo cuadrar sus viajes o algo más. Nada en el mundo me habría hecho creer que no cumpliría aquella promesa.

4



Abi:

Chicas, no puedo ir. ¡Ha venido Mario!

Loreto:

Abiiiiiiiiiiiiiiiiiiii

Abi:

¡Es que quiere hablar del futuro!

Sara:

¿En serio? Vale, cena con él, pero luego venid a casa, por favor. Es importante.

Loreto:

¿Futuro? ¿Mario? Eso es que te ha traído una bola de cristal de Londres y habrá visto en ella que voy a partirle las piernas.

Abi:

Que no, que lo decía muy serio. Os dejo, que me tengo que cambiar. Luego nos vemos.

Entré en mi mini casa tropezando, como siempre, con el felpudo que decía: «BIENVENI 2».

—En breve, Mario va a llevarme a un palacio y lo primero que voy a hacer es tirarte a la basura. ¡Ingrato! —gruñí pisándolo con saña.

Lo bueno de vivir en un estudio que cumple por los pelos los requisitos mínimos para no considerarse una infravivienda, es decir, veinticinco metros cuadrados, es que se recoge, se limpia y se le da esplendor en menos de quince minutos. Metí a presión en el armario toda la ropa que había dejado tirada por la mañana, abrí las ventanas, fregué mi taza del desayuno, pasé la mopa y me dispuse a hacer el sofá cama, preguntándome si lo debía dejar en modo sofá, o en modo cama. Lo primero daría de mí una imagen de buena chica ordenada que tiene mejores cosas que hacer que esperar a que su príncipe azul se decida a visitarla con su melena de sota de espadas al viento. Lo segundo me haría parecer una persona débil que ha echado demasiado en falta a su novio y que, claramente, necesita un revolcón.

«Modo sofá, clarísimo», pensé.

Acto seguido me duché, me depilé a cuchilla, me corté con ella y me lavé los dientes, enjuagándome con tanto colutorio al final, que casi me atraganto. Cuando salí del baño, vi mi estudio tan ordenado y tan limpio que parecía un anuncio de IKEA, cosa que no me gustó. Mario pensaría que lo tendría hecho una cochiguera y que, a última hora y de mala manera lo habría arreglado. Vale, era verdad, pero tampoco hacía falta que se me notara. Rápidamente convertí el sofá en cama y me puse un pijamita de verano. Me miré al espejo de cuerpo entero que Mario me había regalado una Navidad para que mi estudio pareciera más grande, y comprobé que mi imagen era definitivamente la adecuada. El pantalón del pijama era muy corto y la camiseta de tirantes muy escotada, haciéndome parecer una chica que no puede evitar ser sexi. Por otro lado, la toalla a la cabeza me daba un toque de «me acabo de duchar porque soy una triunfadora que ha tenido un día de lo más interesante, y he de relajarme porque el lunes será otro día más interesante aún». Sí, era perfecto. Para completar mi look puse música chill out, abrí mi portátil y me recosté con él en la cama cual Maja Vestida versión 2.0. Cuando Mario entrara por la puerta y me encontrara así, caería rendido a mis pies.

Me entretuve buscando cursos *on-line* sobre cómo hablar en público. Era curioso que una consumidora compulsiva de libros de autoayuda y gestión empresarial como yo, no tuviera ninguno que versara sobre un asunto tan importante. Pero bueno, tenía nervios de acero y varias semanas para mi debut como triunfadora, tiempo de sobra para ponerme al día. Recordé con agrado que, jamás en la vida, me había puesto nerviosa al salir al escenario en ninguna función de fin de curso en el colegio. Claro que, en aquellas funciones, contábamos con el público más agradecido del mundo y no me jugaba toda mi carrera en ello. Aun así, estaba convencida de que podría hacerlo. Seguro.

Acababa de levantarme para subir la calefacción y contrarrestar el escaso efecto térmico que el pijamita sexi ejercía sobre mi cuerpo, cuando sonó el telefonillo. Supuse que sería Mario y que habría olvidado sus llaves.

—¿Sí? —pregunté.

—Soy yo. ¿Bajas? Es que estoy en doble fila.

«¿Bajas? Pero, ¿no que...? ¡Seré borrica!», pensé mientras recordaba las palabras exactas de Mario: «¿Te paso a recoger y cenamos juntos?». Mi plan de esperarlo en pijama sexi con el pelo mojado tenía un fallo: ¡la idea era cenar fuera! ¿Cómo podía ser tan tonta? ¿Y si le pedía que subiera? No, porque una de dos: o se daría cuenta de mi despiste o pensaría que estaba desesperada porque me achuchara.

—Sí, un segundo, por favor —supliqué.

Lo malo de vivir en un estudio que cumple por los pelos los requisitos mínimos para no considerarse una infravivienda, es decir, veinticinco metros cuadrados, es que se desordena y se vuelve a ensuciar en menos de cinco segundos. Toda la ropa que había metido a presión en el armario terminó de nuevo tirada por todas partes al grito de:

—Esto no me gusta; esto no me queda; esto está pasado de moda...

Hasta que encontré mi vestido negro salva situaciones desesperadas. Lo tenía desde hacía años y nunca me fallaba. Como era negro siempre me estilizaba y lo podía llevar tanto en invierno (con una chaquetita y medias) como en verano (sin nada).

Todo era cuestión de elegir el accesorio adecuado, un foulard, un collar, un bolso... Cambiando el complemento cambiaba el vestido. Como no tenía tiempo y estaba histérica me lo enfundé lo más rápido que pude, me puse la gabardina roja encima y corrí al baño a secarme el pelo. Por suerte, mi secador tenía más vatios de potencia que la central nuclear de Almaraz así que, en un momento, estuve lista.

Salí de casa, le di una patada al felpudo desgraciado que parecía reírse de mí y me lancé escaleras abajo sin ni siquiera comprobar si el ascensor estaba en mi piso. El futuro me esperaba y no tenía tiempo para menudencias. Para ninguna, excepto detenerme ante el espejo del portal y comprobar mi atuendo. Estaba más o menos bien, no había ninguna etiqueta sin quitar en la ropa ni ningún precinto de la tintorería, los zapatos eran iguales, iban a juego con el bolso y, aunque mi secador me había puesto los pelos como si acabara de terminar el París-Dakar en descapotable, llevaba una pinza con la que conseguí apaciguarlos. Me pinté un poco los labios, me di un par de pellizcos en las mejillas, tal y como mi abuela me había contado que hacían sus amigas en la posguerra, y salí a la calle.

Mario me esperaba al otro lado, apoyado en su deportivo rojo. Aunque no era tan espectacular como su amigo Juan, ese día estaba guapísimo. De hecho, era un tipo de lo más atractivo con un cochazo que lo hacía más atractivo todavía. La escena que cualquier chica de mi edad querría encontrarse a la puerta de su casa. Sin embargo, yo odiaba aquella imagen. Hacía un año que Mario tenía ese coche y yo aún no había superado el disgusto. Un mes antes de comprárselo, Mario me confesó que tenía ahorrado mucho dinero y que no sabía en qué invertirlo. Yo le propuse que comprara una casa para que se independizara de una vez, aprovechando que el precio de la vivienda en España llevaba años en caída libre. Le pareció buena idea e incluso me preguntó qué zonas de Madrid me gustaban, lo que disparó mis sueños hasta el altar. Un buen día, después de volver de un viaje a Barcelona, fue a recogerme a casa sin avisar.

—Abi, te tengo una sorpresa. Baja. —Me pidió por el teléfono.

Salté las escaleras de cinco en cinco, igual que acababa de hacer hacía unos segundos, y me lo encontré tal y como estaba ahora, apoyado en un coche rojo de dos plazas. No le confesé que aquello me rompía el corazón, por supuesto, pero como no fui capaz de demostrar todo el entusiasmo que la situación merecía, la historia terminó mal.

—Perdona, siento no ser tan efusiva como esperabas, pero es que me parece ostentoso, y más en los tiempos que corren —le grité.

—No, perdóname tú por darme una alegría después de trabajar catorce horas diarias —me gritó.

Se me revolvieron las tripas sólo de recordarlo. ¿Y si esa imagen era una premonición? ¿Y si, como decía Loreto, lo que me traía era una bola de cristal con un futuro feo? Ella siempre acertaba y llevaba años advirtiéndome que Mario se había convertido en un ser horrible.

«Pensamiento positivo, pensamiento positivo», retumbó una voz en mi cerebro. Sí, sería lo mejor. Crucé la calle sonriendo y le dije:

—Hola guapo.

—Hola guapa.

Olía a su colonia de siempre y recordé días de universidad y fiestas en la playa. Me abrazó, lo abracé, me besó, me volvió a abrazar.

—Te quiero —susurró.

—Te quiero —contesté.

Me olvidé del coche, de la bola de cristal y del resto del mundo durante un buen rato, mientras miles de mariposas revoloteaban dentro de mi estómago.

5



Mario era un enamorado de la comida cruda (o sea, japonesa) mientras que a mí me volvía loca la comida basura, por lo que siempre terminábamos en lugares que no tenían nada que ver ni con lo uno, ni con lo otro. Al principio discutíamos mucho por ese tema pero, con el tiempo, conseguimos sincronizar nuestros paladares y descubrimos un par de sitios en los que ambos nos encontrábamos a gusto. Aquella noche, sin embargo, me llevó a un restaurante precioso en el que nunca habíamos estado. Era tan elegante que hasta tenía un *maître* actor *cinetransportado* desde los locos años veinte. Todo era perfecto.

—Buenas noches. Teníamos reservada una mesa para dos a nombre de Mario Loira —saludamos muy correctos.

—Veamos. Un reservado, ¿verdad? —confirmó el *maître* buscando en un libro que tenía apoyado en un atril. Tomó dos cartas y nos pidió amablemente—: Por favor, síganme.

Era un hombre de edad indefinida, con el pelo rapado, muy delgado y de una palidez mística que lo envolvía en un halo enigmático. Era igualito que Nosferatu, el vampiro más famoso del cine mudo, pero con voz.

—¿Un reservado? —susurré a Mario mientras caminábamos de la mano entre las mesas, rumbo a la felicidad.

—Sí, te dije que tenía algo muy importante que decirte —me susurró dándome un cachete en el trasero.

«Dios mío, Dios mío, Dios mío», pensé poniéndome histérica. ¡Estaba claro que me iba a pedir que me casara con él! ¡Por fin! Por eso había escogido un restaurante tan bonito. ¡Y con reservados! Miré a mi alrededor. Todas las mesas tenían preciosos centros con flores exóticas y velas, alrededor de las cuales prácticamente sólo había parejas. El ambiente era de lo más romántico y oriental. ¿Oriental? Rápidamente eché un vistazo a los platos de la gente y comprobé con alivio que servían comida previamente pasada por una sartén. No, era inimaginable que Mario me llevara a un restaurante japonés para algo tan importante.

—Pasen por aquí, por favor. Enseguida vendrá su camarero —anunció el maître Nosferatu con elegancia mientras abría una puerta corredera. El reservado en cuestión era una estancia minimalista con una pequeña fuente en una esquina sobre la que parecía flotar un pequeño Buda. El ruido del agua, las flores, las velas... Era una pasada. Cuando llegó el camarero, pedí lo primero que se me ocurrió para abreviar, lo apuntó en su libretita y empezó la función.

—Bueno, ¿qué querías decirme? Yo también tengo una buena noticia —advertí frotándome las manos debajo de la mesa para que Mario no notara mi histeria.

—¿Quieres empezar tú? —me preguntó con caballerosidad.

—¡Ni de coña! —exclamé con una carcajada nerviosa—. Quiero decir... no, empieza tú si quieres.

Vamos, hombre, lo mío era prácticamente un hecho, pero él todavía se podía echar para atrás y no estaba dispuesta a permitirlo.

—Abi... —¡extendió su mano hacia mí mirándome a los ojos! No podía creerlo, ¡había llegado el gran momento!

—Mario...

6



Me vi rodeada de una multitud vibrante, igual que en un centro comercial el primer día de rebajas. Pero no. Estaba en un aeropuerto. Me asusté y comencé a llamar a Mario a gritos. Al escucharme, la multitud paró en seco su trajín y todos señalaron en la misma dirección.

—Mario está por allí —me decían.

Corrí por pasillos infinitos, siguiendo siempre la mirada de los rostros anónimos, hasta que llegué a un gran ventanal desde el que se veían las pistas. De espaldas a mí, una figura solitaria observaba el despegue de un avión.

—¡Mario! —llamé.

No me escuchó. Me acerqué, toqué su hombro y, como si de un hechizo maldito se tratara, quien se volvió hacia mí fue Nosferatu, el maître, susurrando con voz de chica:

—Abi, despierta, ya es la hora. ¡Abi!

Una luz se clavó en mis pupilas hasta llegar al mismísimo centro de mi hipotálamo, si es que está donde yo me lo imaginaba, claro. Fui abriendo los ojos con dificultad y me pareció ver frente a mí tres sombras con algo en la mano.

«¿Los Reyes Magos?», pensé.

No eran ellos, obvio. Eran mis amigos. Sara llevaba un vaso de agua, Loreto un café azucarado con la cruda realidad y Juan una bolsita con hielo.

«¡Ay, nooooo!», grité en silencio, notando que volvía a mi esternón ese dolor seco, absurdo, y con él la sucesión de escenas malditas que no era capaz de borrar de mi mente. El restaurante, Mario, Nosferatu, Mario otra vez, Vietnam, Kim... Fui reconociendo la casa de Sara y Juan, en la que me había escondido igual que una rata después de todo aquello. Me incorporé para que el dolor no me asfixiara... y para evitar que los miles de destellos emitidos por los piercings faciales de Loreto siguieran clavándose en mis ojos.

—Te he traído ropa, pero no encontré tu gabardina —se excusó Loreto.

Mi pobre gabardina roja. ¿Qué habría sido de ella?

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las siete. Me pediste que viniera a buscarte a esta hora, ¿recuerdas? —contestó Loreto.

«Lo recuerdo todo, pero preferiría seguir inconsciente», pensé frotándome las sienes.

—Chicos, esta sigue borracha, no sé si debería ir a trabajar —consideró Loreto de mal humor.

—Que sí, que sí me acuerdo —me defendí—. Ayer fue domingo, volví a beber demasiado, no me dejasteis ir a casa y quedamos en que Loreto vendría hoy temprano con mi ropa para que pueda ir a trabajar.

—Impresionante —ironizó Juan.

—Me duele mucho la cabeza, ¿tenéis una aspirina? —supliqué.

Sara alzó el vaso de agua hasta la altura de mis ojos, mostrándome su contenido: una pastilla blanca que se disolvía con desesperación en la marea efervescente. Me quedé absorta mirando el fenómeno químico que tenía ante mí. Muerta de envidia.

«Si me meto en una bañera de ácido sulfúrico...», pensé. La idea era de lo más atractiva, aunque la descarté enseguida. Lo primero porque era una cobarde y, lo segundo, porque no tenía ni idea de dónde podía comprar ácido sulfúrico en cantidades industriales.

En cuanto cogí el vaso, intentando sonreír como muestra de agradecimiento, Sara salió corriendo de la habitación

tapándose la boca. Juan me tiró la bolsita de hielo a la cabeza y corrió tras ella.

«¡Au!», pensé.

—¿Sara también tiene resaca? —pregunté a Loreto con toda la inocencia del universo, mientras intentaba aliviar el coscorrón helado masajeándome el cuero cabelludo.

—Pues no, Abi, Sara no tiene resaca. ¡Sara está *embadurnada*! —me gritó Loreto susurrando, es decir, que lo dijo en voz baja para que nuestra amiga no lo oyera, pero dejándome bien clarito que estaba muy enfadada conmigo. ¿Qué le ocurría? Me tomé de un trago la aspirina para que el horrible dolor de cabeza cesara lo antes posible y poder comprender qué estaba pasando.

—¿Cómo que está *embadurnada*? —pregunté en cuanto pude.

Loreto me miró con una mezcla de lástima y cabreo monumental. Apoyó la taza de café en la mesilla de noche, me cogió con ternura por los hombros y, acercándose a mi oído, gritó sin piedad:

—¡E m b a r a z a d a! ¡He dicho em-ba-ra-za-daaaaa!

Miles de orquestas sinfónicas entonaron en mi pobre cabeza el «chan ta ta cháaaaaan» inicial de la quinta sinfonía de Beethoven, pero no al unísono, sino en un canon satánico que casi me deja KO para el resto de mi vida.

—Tres corcheas y una negra con las que el compositor quiso expresar cómo el destino llama a tu puerta —nos contaban en clase de música.

Por fin comprendí qué significaba esa dichosa frase. Mi ascenso, el bebé de Sara, la historia de Nosferatu, las palabras de Mario... Sí. Definitivamente Beethoven era el puto amo en temas del destino.

Me tapé los oídos intentando remediar lo irremediable y miré a Loreto con rencor.

—¿Y por qué me gritas? —reclamé a punto de echarme a llorar cuando la presión en mi cráneo pasó a ser apenas soportable.

—Porque tú, doña egoísta, les estás estropeando el mejor momento de su vida. ¿Para qué crees que nos habían invitado a cenar el viernes? Pues para darnos la noticia. Pero tú, con

todo tu morro, primero te vas con el imbécil de Mario y luego te plantas aquí a las tantas de la madrugada deshecha en un mar de lágrimas y ginebra. Llevas dos días totalmente borracha, sin mostrar el menor interés por el estado del resto de la humanidad y lamentándote por algo que, encima, te niegas a contarnos. ¿Se puede saber qué coño te pasa?

Jamás había visto a Loreto tan enfadada, y eso que estaba más que acostumbrada a sus broncas. Mario no le gustaba, decía que era un soso con el que nunca llegaría a nada salvo en caso de extrema necesidad. Necesidad para él, por supuesto. Y tuve que reconocer, por primera vez en mi vida, que Loreto tenía razón. Rendirme ante tal evidencia, el dolor de cabeza, el de mi esternón... fue demasiado y, por fin, me derrumbé.

—Es que he roto con Mario, ¡buaaaa! —sollocé amargamente.

—¡Oh! ¿No me digas? —se burló Loreto agitando uno de los aros que colgaban de su nariz—. Y nosotros que ya íbamos a viajar al oráculo de Delfos porque no conseguíamos adivinar qué te pasaba. Abi, por Dios, eso es evidente, ¡pero no justifica tu actitud!

Sara irrumpió de nuevo en la habitación de la mano de Juan.

—Lo siento, debió ser el olor de la aspirina —se disculpó.

Estaba muy pálida y parecía cansada, pero había algo fascinante en su expresión. Era como si..., como si..., Dios mío, ¡Sara era feliz!

—Sara, yo... enhorabuena... ¡Buaaaa! —rompí a llorar de nuevo.

—Vaya, ¿se lo has contado? —le preguntó a Loreto la Borde.

—Pues sí, acabo de decírselo y está muy contenta. Mira cómo llora de emoción —gruñó Loreto, lanzándome su mirada imperativa más tenebrosa.

Con los mocos colgando y la cara llena de lágrimas asentí, arqueando las cejas y reprimiendo un nuevo sollozo. No funcionó. Éramos amigas desde los seis años y Sara me conocía demasiado bien como para saber que no eran lágrimas de alegría, sino del más profundo dolor, causado por un corazón desahuciado.

—Vamos, Abi. —Me abrazó—. Todo se arreglará.

Tuve un *déjà vu*. No era la primera vez que yo me sentía el ser más desgraciado de la tierra y que Sara me rescataba. Ocurrió en nuestro primer día de colegio. Por aquel entonces mi vida social prácticamente se había reducido a la salita de mi abuela Rosa, gracias a la cual nunca había necesitado tener amigos. Mi madre me guió por un patio enorme lleno de niños histéricos, hasta que se detuvo a hablar con una profesora peinada al estilo Margaret Thatcher. Mientras hablaban, miré a mi alrededor y me llamó la atención una niña con dos coletas mal alineadas que, aprovechando que mi madre distraía a la profesora, acababa de salir de la fila y estaba a punto de echar a correr despavorida hacia la calle. Percatándose de mi presencia cotilla, se detuvo un segundo a mi lado y, enseñándome un puño, me amenazó:

—Si te chivas, te mato.

Así, sin anestesia.

—Cariño, esta es tu profesora —anunció mi madre, totalmente ajena al hecho de que yo podría ser asesinada en cualquier momento.

—¿Cómo te llamas, guapa?

—Abi —contesté.

—Me refiero a tu nombre de verdad —aclaró la profesora.

—Abigaíl —se adelantó mi madre, haciendo que me pusiera roja como un tomate. Fruto de la juventud de mis padres, resultamos mi nombre y yo. Me lo pusieron porque significaba fuente de alegría, pero para mí era un nombre raro y, por tanto, horroroso, incluso aunque hubiera significado cosas más divertidas como «de mayor tendrás un hada madrina» o «saltar en la cama alarga la vida del colchón».

—Bueno, Abigaíl, ve con tu mamá al final de la fila y dale un beso de despedida —me ordenó Margaret Thatcher.

Cogidas de la mano muy fuerte, obedecimos sin rechistar. Mi madre se agachó, me dio un beso y se fue, haciendo como si aquello no tuviera la menor importancia. Ya lo habíamos hablado, yo era una niña grande y tenía que ir al cole. Ella era una mamá responsable y tenía que ir a trabajar. Hasta ahí lo entendía, pero la cara de preocupación con la que ella se

volvió unos metros más adelante para decirme adiós, me puso muy nerviosa y, en cuanto la perdí de vista, empecé a llorar.

—¿Quieres jugar a toma tomate? —me preguntó la niña que estaba delante de mí en la fila, mirándome compasiva. Tenía el pelo más bonito que había visto en mi vida. Era rubio y rizado como el de la niña del anuncio de champú que le gustaba a mi abuela, y sus ojos eran tan verdes que parecían dos aceitunas.

—No sé jugar —contesté avergonzada por mi desconocimiento extremo en juegos infantiles.

—No importa, yo te enseño. Me llamo Sara. Pero necesitamos a alguien más... —dijo mirando alrededor.

En aquel momento un grito horrible nos hizo dar un salto. La profesora traía cogida de una oreja a la niña de las coletas que me había amenazado de muerte y que ahora chillaba como un cochino.

—...y te quedarás aquí quieta en la fila con estas niñas o te llevo al despacho del director. Sara, Abigaíl, os presento a Loreto.

No fue fácil convencer a Loreto de que jugara con nosotras a toma tomate, en lugar de hacernos la vida imposible pintándonos la cara cada vez que pillaba un rotulador. Pero Sara enseguida domesticó a aquel demonio con coletas que, quién lo iba a decir, veintiséis años más tarde me anunciaría a gritos que nuestra amiga iba a convertirse en mamá.

—¿Seguro que quieres ir a trabajar? —preguntó Sara cuando me calmé un poco.

—Sí, sí. Tengo que ir. Ahora que me van a ascender no puedo faltar.

—¿Que te van a ascender? —gritaron todos, aporreando sin consideración alguna la puerta del destino de Beethoven.

—¡Chsss! ¡Chsss! —supliqué tapándome los oídos.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el viernes. Voy a ser la nueva directora adjunta de comunicación y relaciones públicas de EveCare España —contesté triste.

—La nueva... ¿qué? —preguntó Loreto entusiasmada.

—Abi, eso suena fenomenal, ¿no? ¿Has oído, Juan? —dijo Sara.

—Sí. Lo he oído pero... ¿estás segura? —preguntó intrigado. Ofendidas, clavamos sendas miradas indagadoras en su osadía.

—Sí, estoy segura. No es oficial pero me lo dijo mi jefe el viernes —aclaré.

—¡Por eso discutiste con Mario! —exclamó Loreto—. ¡Será envidioso!

—No, no fue por eso. La verdad es que ni siquiera tuve tiempo de decírselo —aclaré sin poder disimular mi pena.

—Abi, ¿qué pasó? —preguntó Sara.

—No puedo hablar de ello todavía —respondí intentando no volver a echarme a llorar. Mis amigas se miraron preocupadas.

—¿Te pegó? —gritó de pronto Loreto, saltando de mi cama hecha una hidra con el puño en alto—. Abi, conozco a unos tipos que por cincuenta euros...

—No, Lore, no me pegó —la frené—. Digamos que tenías razón y que es un egoísta.

—¿Estás segura? —volvió a preguntar Juan.

Esta vez lo que clavamos en él fueron sendas miradas asesinas, pero tan asesinas, que el pobre no tuvo más remedio que darse media vuelta y marcharse diciendo:

—Voy a vestirme.

—Yo también debería arreglarme —anuncié levantándome de la cama con fingido entusiasmo—. Quiero estar preparada para mi nueva vida laboral, a la que me voy a dedicar de forma exclusiva. Total, no tengo otra...

Esbocé una sonrisa, pero Loreto y Sara me miraron muy serias.

—Está bien, si no quieres hablar de ello ahora, lo entiendo. Pero tarde o temprano tendrás que hacerlo o te envenenarás —me advirtió Sara.

—Por cierto —interrumpió Loreto, alcanzándome una bolsa de basura negra en la que, muy propio de ella, había traído mi ropa—. Traje el cargador de tu móvil. Yo lo encendería, por si tienes algún mensaje de ese desgraciado.

¡Mi móvil! ¡Mi supermóvil de última generación con 4G, píxeles por un tubo y hasta propulsión a chorro que el mismísimo Mario me había regalado! Lo había tenido todo el fin

de semana muerto en el fondo de mi bolso. Decidí apagarlo cuando Nosferatu insinuó que debía llamar a Mario después de... No, no quería recordarlo. Sin embargo, un cosquilleo de esperanza recorrió mi columna. Alcancé mi bolso, saqué aquel aparatito torturador de almas solitarias, lo enchufé a su cargador y lo encendí. Sara, Loreto y Juan, que había vuelto al chisme en calzoncillos, me miraban sin atreverse a decir nada.

—Pí pí pí pí —sonó al cabo de medio minuto.

¡Diez llamadas perdidas! Deseo con todas mis fuerzas que Mario estuviera arrepentido, que se hubiera dado cuenta de su equivocación, que no me creyera capaz de una cosa así, que... Con dedos temblorosos pulsé la pantalla y...

Diez llamadas perdidas de mi abuelita Rosa.

Cero llamadas perdidas de Mario.

Cero mensajes.

Cero esperanzas.

—Se acabó —suspiré.